

DOI: <http://doi.org/10.15517/r0fvd183>

A cien años de una herida que no cierra: la persistencia disonante de *El juguete rabioso* de Roberto Arlt

A Hundred Years of an Unhealed Wound: the Dissonant Persistence of
Roberto Arlt's *El juguete rabioso*

Cem anos de uma ferida que não se fecha: a persistência dissonante de
El juguete rabioso de Roberto Arlt

Jorge Manuel Molina Aguilar*

Instituto del Cáncer de El Salvador "Dr. Narciso Díaz Bazán", San Salvador, El Salvador
psicologia@ligacontraelcancersv.com | <https://orcid.org/0000-0001-7288-9740>

Cómo citar este texto:

Molina Aguilar, Jorge Manuel. (2026). A cien años de una herida que no cierra: la persistencia disonante de *El juguete rabioso* de Roberto Arlt. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 23(2). e266912.
<http://doi.org/10.15517/r0fvd183>



Esta obra está bajo licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0. Para ver una copia visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Con ocasión del centenario de *El juguete rabioso* –publicado en 1926 en una Buenos Aires que aún lidiaba con las tensiones de la rápida modernización, la inmigración masiva y una cultura urbana desigual– surge la tentación de quedarse en la conmemoración (Arlt, 1926/2025). Esta tentación se manifiesta en la repetición de lugares comunes y en la costumbre de reconocer tardíamente. Sin embargo, mirar más de cerca revela que esta postura es limitada y, de hecho, estéril. Lo que parece celebrarse como algo del pasado, en el caso de Roberto Arlt, sigue siendo una herida abierta y una cuestión aún vigente. Es una escritura que, lejos de quedar fijada en los estantes de la consagración, sigue moviéndose y generando incomodidad. Además, reconfigura sus contextos de lectura una y otra vez.

Roberto Arlt (Buenos Aires, 1900-1942) ocupa un lugar singular dentro de la literatura argentina y latinoamericana del siglo XX. Hijo de inmigrantes y marcado por una trayectoria atravesada por la precariedad laboral, el autodidactismo y la experiencia urbana; su escritura emergió desde los márgenes de las formas legitimadas de producción cultural. Novelista, dramaturgo, cronista y periodista, Arlt construyó una obra profundamente vinculada con las tensiones de la modernidad periférica, la desigualdad social, el desencanto urbano y las fracturas subjetivas producidas por la aceleración capitalista de comienzos del siglo XX. Tanto en sus novelas como en sus célebres *Aguafuertes porteñas*, desarrolló una prosa heterogénea, áspera y deliberadamente disonante que alteró las jerarquías estéticas dominantes del campo literario rioplatense. Con el paso de las décadas, su obra dejó de ser leída como anomalía marginal para convertirse en uno de los núcleos más decisivos de la literatura argentina contemporánea.

El juguete rabioso narra la trayectoria de Silvio Astier, un adolescente de origen humilde que atraviesa múltiples experiencias marcadas por la precariedad, la frustración y la imposibilidad de integración social en la Buenos Aires de entreguerras. A través de episodios fragmentarios –el delito juvenil, el trabajo degradante, la fascinación por la técnica, el deseo de ascenso social y las fantasías de fuga–, la novela configura una experiencia de modernidad atravesada por el fracaso reiterado y la dislocación subjetiva. Más que relatar un proceso lineal de formación, la obra expone la fractura entre las promesas de movilidad social y las condiciones materiales que, de forma sistemática, limitan su realización.

No es casualidad que, en este sentido, la obra de Arlt haya escapado, como temprano advirtió Ricardo Piglia (2020) en sus intervenciones críticas desde finales del siglo XX, de los intentos de fijación prematura que buscaban inscribirla en un lugar estable dentro del canon. Desde sus primeras recepciones, la obra de Arlt recibió tanto rechazo como una defensa minoritaria y apasionada. Las relecturas de las décadas de 1970 y 1980 dialogaron con la crítica latinoamericana –piénsese en Ángel Rama y su noción de los *outsiders*–. A partir de entonces, comenzó a reconocerse en Arlt una de las operaciones más radicales de desestabilización del modelo realista. Su trayectoria crítica se configura como una historia de apropiaciones, disputas y legitimaciones diferidas (Bernabé, 2006). Que hoy su lugar en la tradición rioplatense no esté ya en entredicho no implica que su escritura haya sido domesticada. Más bien, indica que el campo literario ha debido expandirse para albergarla.

Dentro del campo literario, cruzado por tensiones estéticas y sociales, Arlt no aparece solo como el opuesto de Borges –símbolo de una estilización cuidada–, sino más bien como una anomalía que produce. Su escritura no sigue las reglas del buen gusto ni la disciplina formal. Mientras Borges busca exactitud y economía, Arlt desborda y acumula. Su prosa, llena de registros diferentes y con una sintaxis que va de la reflexión a la ruptura, avanza sin pedir permiso, como una ciudad que crece sin plan, capaz de incorporar y expulsar, de prometer y frustrar a la vez.

Es justo en ese punto donde la lectura de *El juguete rabioso* exige desplazarse de las interpretaciones más convencionales. Reducirla a una novela de formación o a la crónica de un temperamento individual marcado por la desviación o el fracaso no solo empobrece su alcance, sino que también oscurece lo que en ella se juega con mayor intensidad. En efecto, lo que aparece bajo la forma de una biografía –la de Silvio Astier– no es sino la inscripción narrativa de una estructura social que antecede y condiciona, y que también, delimita el horizonte de lo posible en una Buenos Aires de entreguerras, donde la movilidad social se presenta como promesa reiterada y, al mismo tiempo, siempre incumplida.

No se trata de interrogar a Silvio Astier en términos morales ni de evaluar la coherencia psicológica de sus decisiones. Se trata, más bien, de situar su trayectoria en el entramado de relaciones que la hacen inteligible. La “errancia”, la repetición del fracaso y la imposibilidad de estabilizar una posición no son meros accidentes biográficos. Emergen como efectos de una

estructura que distribuye de manera desigual las oportunidades y, junto con la precariedad material, produce formas específicas de subjetividad. Así, la novela no solo narra la historia de un joven incapaz de integrarse. Expone, con una insistencia que aún hoy incomoda, las mismas condiciones que hacen de ese fracaso una constante.

De ahí que la obra de Arlt, lejos de agotarse en su contexto de producción, haya ido adquiriendo, con el paso de las décadas, una densidad crítica que la proyecta más allá de su tiempo. Desde los años cincuenta del siglo pasado, y con mayor intensidad desde los setenta, las lecturas empezaron a desligarse de las querellas internas del campo literario argentino. Esto permitió reconocer tanto una experimentación formal como una forma de conocimiento sobre lo urbano, la modernidad y sus fracturas. En sus crónicas –muchas de ellas dispersas durante décadas en periódicos como *El Mundo*– y en sus novelas mayores, Arlt no se limita a registrar los signos de su época, sino que los reorganiza, los distorsiona y los somete a una lógica de disonancia que constituye, como bien ha señalado la crítica, uno de los núcleos más productivos de su poética (Piglia, 2020).

Leer hoy *El juguete rabioso*, a cien años de su publicación, implica resistirse a la tentación de clausurar su sentido. Implica asumir que lo que se despliega no es una historia concluida. Es un dispositivo que continúa interpelando nuestras formas de leer, pensar y situarnos frente a la relación, siempre inestable, entre la literatura y el mundo social. Así, lo que se conmemora deja de ser una fecha para convertirse en una pregunta abierta. Es una interrogación persistente sobre las condiciones que, tanto ayer como hoy, hacen posible y necesario ese tipo de escritura que, más que representar la realidad, la hiere, la fractura y, en esa operación, la vuelve legible.

Arlt y la fractura de la modernidad periférica

Si se abandona la tentación de leer a Roberto Arlt como una rareza estilística y, con la paciencia que exige toda mirada estructural, se lo sitúa en el interior de la modernización rioplatense de comienzos del siglo XX; emerge, más allá de una excentricidad individual, la inscripción de una experiencia histórica marcada por desigualdad, aceleración y desajuste. Esta modernización promete integración, pero también produce, con igual intensidad, desarraigo, fragmentación y formas persistentes de marginalidad. Buenos Aires no aparece en *El juguete rabioso* como simple escenario ni como decorado urbano; se configura, en cambio, como campo de fuerzas y espacios

donde se cruzan –sin resolverse– lógicas del capital emergente, trayectorias truncas de hijos de inmigrantes, promesas de movilidad social y prácticas cotidianas de supervivencia. Es un territorio donde la ciudad no organiza la vida, sino que la dispersa, la tensa y la expone. El barrio de Flores, lejos de ser solo un punto geográfico, es un microcosmos de esta modernización desigual, donde la pobreza deja de ser una circunstancia pasajera para convertirse en una condición estructural que delimita horizontes, expectativas y trayectorias.

De ahí que Silvio Astier no pueda ser comprendido como un héroe fallido ni como un simple pícaro modernizado. Su figura, atravesada por aspiraciones desmesuradas y por una realidad que de continuo las desmiente, encarna una subjetividad producida por el desajuste. Se forma en el hiato entre lo que se imagina posible y lo que en verdad se permite. Sueña con la grandeza –bandoleros, poetas, inventores–, aunque habita la precariedad. Desea el ascenso, mas transita espacios en los que este se encuentra bloqueado de raíz. Aquí, las lecturas de folletines, historietas y literatura bandolera no son simples distracciones juveniles; funcionan como dispositivos de producción de deseo, matrices simbólicas que configuran aspiraciones que el mundo material frustra por sistema. Por ejemplo, Arlt desarrolla un diálogo con Lucio (sobre el horror de la goma) que ilustra lo anterior:

Así conversábamos en torno de la mesa del café, sombríos y gozosos de nuestra impunidad ante la gente, ante la gente que no sabía que éramos ladrones, y un espanto delicioso nos apretaba el corazón al pensar con qué ojos nos mirarían las nuevas doncellas que pasaban, si supieran que nosotros, tan atildados y jóvenes, éramos ladrones... ¡Ladrones!... (Arlt, 1926/2025, p. 26)

En esa distancia –lejos de ser meramente psicológica, pues posee una construcción social– surge una experiencia particular: aquí, la frustración es la regla, no la excepción. Así, la vida de Silvio no fluye como un proceso continuo; se presenta, más bien, como una sucesión de intentos fallidos. El delito que no prospera, el trabajo que humilla, la institución que expulsa y la promesa incumplida no son incidentes aislados, sino patrones que interrumpen sus caminos. El “Club de los Caballeros de la Media Noche”, la librería de don Gaetano, la Escuela de Aviación y el intento de fuga a Europa aparecen primero como oportunidades, pero luego revelan la exclusión de Silvio y reafirman su origen.

No se trata, por tanto, de una suma de fracasos individuales, o un simple patrón; lejos de constituir una biografía desafortunada, responde a una estructura que produce, reproduce y legitima ese fracaso. Incluso cuando Silvio parece alinearse con las formas socialmente aceptadas –el trabajo honesto, la disciplina técnica, la aspiración meritocrática–, la respuesta del sistema dista de ser la integración, provoca, en cambio, la expulsión o la degradación. “Aquí no necesitamos personas inteligentes; buscamos brutos para el trabajo” (Arlt, 1926/2021, p. 120); en esta frase, más que una humillación puntual, se condensa una lógica que organiza la distribución de los cuerpos y las funciones en el interior de la sociedad.

Por lo demás, esta modernización periférica no solo organiza las condiciones materiales de existencia, sino que también modela los afectos, los lenguajes, las formas de imaginar; produce sujetos que desean lo que no pueden tener, que reconocen el límite, pero no logran trascenderlo, que oscilan entre la ilusión y la lucidez sin encontrar un punto de síntesis. En este registro, la novela va más allá de describir un mero contexto adverso; más bien, expone, con una crudeza que no cede a la estilización complaciente, la forma en que una sociedad se reproduce a sí misma y, de manera sistemática, reproduce vidas que no terminan de realizarse. Justo en esa imposibilidad –en ese “no llegar a ser” que se repite, se acumula y se sedimenta– la escritura de Arlt encuentra su tono más propio; un tono que no busca reconciliar, que no ofrece redención, que no promete salida. Su fuerza radica, en cambio, en la insistencia, una y otra vez, por mostrar, sostener y habitar la fisura. Porque si algo hace de *El juguete rabioso* una obra radical, es que, lejos de limitarse a narrar la fractura de la modernidad periférica, la encarna, la reproduce en su propia textura, la convierte en forma.

La trama de lo social en su espesor cotidiano

Si la novela ha sido hasta aquí leída como la exposición de una serie de fracasos reiterados, conviene ahora desplazar la mirada hacia aquello que, sin enunciarse de forma expresa, organiza en silencio esas experiencias; no ya como concepto declarado, sino como lógica que atraviesa la vida, como principio que se encarna en lo cotidiano sin necesidad de nombrarse. En *El juguete rabioso*, lo social no comparece como telón de fondo ni como contexto que rodea la acción; se despliega, más bien, como tejido mismo de la existencia, como aquello que se infiltra en cada

gesto, en cada expectativa, en cada frustración. En este sentido, lo que la escritura de Roberto Arlt pone en escena está lejos de ser una teoría de la sociedad; es, en esencia, su funcionamiento vivido, no una abstracción, es decir, una experiencia que se repite y se vuelve hábito.

De ahí que cada uno de sus intentos –el delito juvenil, el trabajo en la librería, la aspiración técnica, la fuga imaginada– no deba leerse como decisiones aisladas, sino como momentos de un mismo movimiento, como variaciones de una búsqueda que no logra encontrar resolución porque las condiciones mismas de esa búsqueda ya están delimitadas. Lejos de tratarse de un simple error por parte de Silvio una y otra vez, ocurre que el campo en el que se mueve está estructurado de tal manera que sus posibilidades de realización aparecen, desde el inicio, restringidas, desplazadas, en continuo diferimiento. Ahora bien, lo que resulta más notable es que esta lógica no se presenta en forma de sistema cerrado ni de explicación doctrinaria; emerge, más bien, en la textura de lo cotidiano, en la repetición de pequeñas escenas, en la acumulación de situaciones en apariencia menores. La humillación en el trabajo, la promesa incumplida, el rechazo institucional, la precariedad persistente; cada uno de estos episodios, tomado en sí mismo, podría parecer contingente, incluso anecdótico, pero en su reiteración adquiere un carácter distinto, revela una regularidad, deja entrever una forma de organización que no necesita declararse para operar.

Es en este punto donde la novela anticipa –sin proponérselo como programa– una sensibilidad que más tarde sería desarrollada por diversas corrientes del pensamiento social; una atención minuciosa a la vida cotidiana como espacio privilegiado para comprender la sociedad, como lugar donde las grandes estructuras, además de manifestarse, se reproducen. Lo que en otros registros teóricos aparecerá como objeto de análisis –la cotidianidad como ámbito de reproducción social, como escenario donde se encarnan las relaciones de poder– en Arlt ya se ofrece como materia narrativa, como experiencia vivida que no requiere neologismos para hacerse evidente.

Así, en la sucesión de días de Silvio, en su tránsito por espacios que lo reciben y lo expulsan, en su manera de percibir y de nombrar lo que le ocurre, se configura una comprensión implícita de lo social que no pasa por la abstracción; encuentra su eje, más bien, en la exposición; no explica, muestra; no define, lejos de ello, hace sentir. Y es justo en esa capacidad de mostrar –de dejar que la estructura se revele en la vida– donde reside una de las mayores potencias de la novela. Esta forma de inscripción

de lo social en lo cotidiano, permite comprender que aquello que se juega en la vida de Silvio no es exclusivamente su destino individual; involucra, la reproducción de un orden que se sostiene, en gran medida, en la naturalización de sus propias condiciones. Por ende, la desigualdad no aparece como un problema por resolver; se manifiesta como un estado de cosas que se impone, se asume y se incorpora a la experiencia sin necesidad de ser justificada.

De este modo, la novela no denuncia en términos explícitos, pero tampoco oculta; deja ver, con una claridad incómoda, la manera en que la vida se organiza cuando ciertas posibilidades quedan –de oficio– fuera de alcance. Y, sin embargo, en medio de esa repetición que parece clausurar toda salida, persiste una inquietud, una incomodidad que no se disuelve del todo; una conciencia que, aun sin poder transformar las condiciones que la producen, tampoco logra reconciliarse por completo con ellas. Es en esa tensión –entre la adaptación y el rechazo, entre la aceptación y la rabia– donde la experiencia de Silvio adquiere su espesor más singular, y donde la novela, sin decirlo, deja entrever que incluso en el interior de lo cotidiano se juega algo más que la simple reproducción de la vida; se juega, también, la posibilidad –mínima, precaria, pero de firme insistencia– de no coincidir del todo con el lugar que se ocupa.

La novela como forma de esa trama

Si lo social se ha ido dejando ver en la reiteración de escenas mínimas, en la acumulación de gestos y en la persistencia de ciertos límites que nunca se enuncian, pero siempre se imponen, resulta necesario atender ahora a la forma misma en que la novela organiza su decir; alejada de funcionar como un mero vehículo que transporta contenidos, se configura como un dispositivo que participa activamente en la configuración de aquello que muestra. En *El juguete rabioso*, la escritura abarca mucho más que solo representar una realidad previa; la produce en su propio despliegue, la hace visible en la medida en que la desarticula, la expone en la medida en que logra ordenarla del todo (Lindstrom, 1994). Lejos de existir aquí una progresión narrativa que conduzca con firmeza hacia una resolución ni una arquitectura que garantice la coherencia de los episodios; se despliega, más bien, una sucesión de fragmentos que se encadenan sin llegar a fundirse, una serie de escenas que avanzan y se interrumpen, que prometen continuidad y derivan en ruptura. Esta forma –irregular, por momentos abrupta, con una profunda carga de imágenes– deja de ser

un defecto o una carencia técnica; constituye la huella de una experiencia que carece de síntesis, de una vida que no logra organizarse como totalidad cerrada.

En este sentido, la voz de Silvio Astier, narrando en primera persona, no ofrece la estabilidad de una conciencia que domina su relato; por el contrario, se presenta como una voz que oscila, que se exalta y se repliega, que por momentos se eleva en imágenes de una intensidad casi poética y, en otros, se precipita en una crudeza que roza lo brutal. Esta fluctuación está lejos de responder a un capricho estilístico; obedece, más bien, a la imposibilidad de sostener una perspectiva unificada sobre la propia experiencia; el lenguaje mismo se ve atravesado por esa tensión, incapaz de fijar de manera definitiva el sentido de lo vivido. De ahí que la heterogeneidad de registros –lo técnico, lo coloquial, lo literario, lo imaginario– no deba leerse como una acumulación desordenada, sino como expresión de una subjetividad que se constituye en la intersección de múltiples influencias, lecturas dispares y experiencias inconexas. La literatura “bandoleresca”, los discursos científicos, las formas del habla cotidiana, todo ello, convive en la prosa de Arlt sin integrarse del todo, como si cada uno de esos lenguajes arrastrara consigo un mundo que no termina de encajar con los demás.

A su vez, la centralidad de los libros –leídos, robados, vendidos, soñados– introduce una dimensión que complejiza aún más esta forma. La novela está atravesada por otras novelas y relatos que alimentan la imaginación de Silvio y, al mismo tiempo, revelan la distancia entre lo que se lee y lo que se vive. Leer, en este contexto, no es un acto inocente o formativo; ¿todo? lo contrario, constituye una forma de apropiación que produce deseo, abre horizontes y también intensifica la experiencia de la carencia. El mundo de los libros se superpone al mundo de la vida; lo tensiona, lo desborda, lo vuelve insuficiente. En esta misma línea, la circulación de objetos –libros, herramientas, papeles, dinero– dista de aparecer como un simple detalle descriptivo; funciona como parte de una lógica que atraviesa la experiencia de los personajes; pero más aún, estos objetos rebasan su materialidad inmediata; operan como artefactos cargados de sentido, como mediaciones simbólicas a través de las cuales el mundo se vuelve inteligible, deseable o, en no pocas ocasiones, de una distancia insoportable. El libro trasciende el ser un simple objeto que se lee o se roba; es un dispositivo que produce imaginación y, con ella, una distancia dolorosa respecto de lo vivido; la herramienta ya no es un mero instrumento de trabajo; representa una marca de una inserción

precaria en un orden productivo que dista de garantizar pertenencia; el papel, al cierre de este ciclo, circula entre mercancía y posibilidad, entre escritura y subsistencia, revelando la ambigüedad de toda apropiación.

Lo que se posee, lo que se pierde, lo que se intenta obtener. Cada uno de estos movimientos rebasa la descripción de trayectorias materiales; configura, al mismo tiempo, una experiencia simbólica en la que el sujeto se relaciona con el mundo a través de aquello que puede –o se encuentra incapacitado de– hacer suyo. En este registro, lo “artefactual” está lejos de presentarse como algo accesorio; resulta constitutivo; los objetos quedan fuera de una posición meramente acompañante respecto a la acción; todo lo contrario, la estructuran, la condicionan y la significan. Esta lógica va más allá de agotarse en el nivel de los objetos; se extiende al propio tejido de la novela, la cual reproduce, en su forma, esa misma inestabilidad, ese movimiento constante que dista de fijarse en algún punto. En esta misma inflexión, aquello que podría leerse como simple irregularidad formal comienza a revelarse, más bien, como principio organizador de la experiencia; lejos de constituir una falla del dispositivo narrativo, representa la inscripción de una sensibilidad que carece de la capacidad –y de la pretensión– de reconciliar los fragmentos que la constituyen.

La escritura de Arlt deja de articular la modernidad como una totalidad coherente; la presenta, en cambio, como una constelación disonante en la que múltiples registros, espacios y lenguajes coexisten sin fundirse, como si cada uno arrastrara su propia lógica sin someterse a una síntesis superior. De ahí que la novela avance por saltos, por cortes abruptos, por yuxtaposiciones que recuerdan más a un ensamblaje que a una construcción lineal; una suerte de *collage* en el que conviven planos heterogéneos –lo técnico, lo marginal, lo imaginario, lo urbano– sin que ninguno logre estabilizar el conjunto. Sin embargo, esta disonancia está por encima del ámbito formal, también atraviesa la manera en que la modernidad se vive. Si en las crónicas la ciudad aparece como espacio de encuentro, como territorio donde las diferencias parecen, por un instante, reconciliarse bajo una experiencia compartida de lo urbano; en las novelas, esa misma ciudad se vuelve escenario de fractura, de aislamiento, de intensificación de la angustia. Lo que en un registro se presenta como comunidad, en otro se revela como contingente, imposibilidad de pertenencia. La calle, lejos de integrar, expone; lejos de reunir, disgrega. Y es justo en esa

tensión –entre una promesa de vínculo y una experiencia efectiva de separación– donde la disonancia adquiere su espesor más radical, alejada de ser un mero recurso estético, para constituirse en forma de existencia.

En este punto, los aportes de Rose Corral (2009) adquieren una densidad particular; quedan lejos de funcionar como mero auxilio crítico o como gesto de erudición suplementaria; se constituyen, en cambio, en una vía privilegiada para entrever aquello que, en *El juguete rabioso*, permanece en estado de inestabilidad constitutiva, casi como si la obra, lejos de clausurarse en una forma acabada, persistiera en una suerte de devenir incesante. Lo que su lectura deja entrever, con una fineza que carece de la necesidad de imponerse, es que la novela evita dejarse apresar por la ilusión de unidad o por la comodidad de una progresión lineal; se despliega, más bien, como una superficie atravesada por interrupciones, desvíos, retornos y recomposiciones que erosionan cualquier pretensión de organicidad plena.

Lo que emerge con particular fuerza en este recorrido (y que conviene evitar leerse como un simple dato de archivo, para entenderse como una verdadera escena de constitución literaria) es la condición de una inestabilidad radical, casi errante, de *El juguete rabioso* en su proceso de gestación. Más que una obra que avanza en línea recta hacia su forma definitiva, lo que se revela es una escritura sometida a desplazamientos, rechazos, reformulaciones y mediaciones que la constituyen desde su propia precariedad; el hallazgo de fragmentos como “Recuerdos del adolescente” permiten advertir que la novela dista de surgir como un bloque compacto; se presenta como una serie de ensayos parciales, anticipos y versiones que circulan en distintos espacios editoriales antes de fijarse –si es que llega a fijarse– en una forma final. Tal como se documenta, Arlt escribe, reescribe y somete su texto a múltiples instancias de validación, muchas de ellas fallidas, lo que configura una suerte de itinerario accidentado en el que la obra se va construyendo en diálogo conflictivo con el campo literario (Corral, 2009).

Esta dimensión conflictiva no es menor. Por el contrario, permite comprender que la novela nace atravesada por una doble tensión: la presión de un medio editorial que la rechaza reiteradamente –ya sea por criterios estéticos, económicos o ideológicos– y, no menos importante, la persistencia obstinada del autor que continúa desplazando su manuscrito entre editores, concursos y revistas, en una deriva que es tanto material como simbólica; así, la figura

de Arlt se perfila como la de un sujeto en proceso de ingreso, un "advenedizo" que irrumpe sin capital simbólico consolidado y cuya escritura carga las marcas de esa exterioridad; no es casual que su trayectoria vital –trabajos precarios, oficios múltiples– se superponga con la de su personaje, como si la novela prolongara esa experiencia de intemperie (Corral, 2009).

La escritura de Roberto Arlt, en su carácter inicial y exploratorio, parece descubrirse a sí misma en el acto de narrar, como si careciera aún de un molde estable desde el cual organizar la experiencia; y, sin embargo, es justo en esa aparente dispersión donde se cifra una forma coherente de representación. Sobre lo anterior, Rose Corral nos recuerda el fragmento temprano de 1922, en el que se observa cómo esa escritura, aún no depurada, intensifica la relación entre trabajo, lectura e imaginación política. Lo que allí emerge no es una simple variante; se presenta como una zona de mayor exposición en la que el trabajo aparece en su forma más degradante. Al constituirse en una experiencia que desgasta y entumece la vida anímica del sujeto, la lectura irrumpe no como un refugio, sino como detonante de una imaginación que oscila entre la rebelión y la destrucción (Corral, 2009). De este modo, los libros no redimen la experiencia, sino que la intensifican, abriendo horizontes que no encuentran realización en la vida efectiva. Las lecturas anarquistas no configuran un sistema; dan lugar, más bien, a una sensibilidad atravesada por la contradicción entre la fantasía de transformación y la sospecha de su imposibilidad (Corral, 2009).

Así, lo que podría leerse en tanto caos narrativo o en calidad de falta de cohesión se revela, en otra clave, a modo de forma de conocimiento; una manera de mostrar que la experiencia cotidiana está muy lejos de ser lineal o armónica; resulta fragmentaria, contradictoria, atravesada por tensiones exentas de resolución. La novela, al asumir esa forma, no se limita a describir un mundo disperso; le da cuerpo, lo hace visible en su propio movimiento, permitiendo que opere en su lenguaje. Y es justo en esa correspondencia entre el plano artefactual, el ámbito cotidiano y la forma narrativa donde la escritura de Arlt alcanza una de sus expresiones más lúcidas, sin necesidad de nombrarla, sin necesidad de teorizar, pero, sin embargo, dejándola expuesta del todo.

En este desplazamiento, la novela deja de constituir con exclusividad el lugar donde se representa una vivencia para convertirse en el espacio mismo donde esa experiencia se constituye, se fractura y se vuelve inteligible en su propia imposibilidad de orden. No hay aquí una distancia clara entre forma y contenido, ni entre vida y escritura; lo que se narra emerge en la tensión entre

lo que intenta decirse y aquello que desborda toda articulación. La disonancia, así, se aparta de designar una característica estilística; constituye una condición más profunda, la de una subjetividad y un mundo que no logran reconciliar sus fragmentos, y cuya única forma posible de expresión es, en esencia, esa fractura sostenida.

El desfase y fracaso de los recorridos posibles

Si en los tramos anteriores se ha hecho visible cómo la experiencia se organiza en la inmediatez de lo cotidiano y en la materialidad de los artefactos, conviene ahora desplazar la atención hacia otra dimensión menos evidente, pero igualmente persistente; aquella que se expresa en los recorridos que el sujeto intenta trazar y que, sin embargo, nunca alcanzan a consolidarse como trayectorias efectivas. En *El juguete rabioso*, la vida dista de presentarse como un proceso acumulativo o como una secuencia progresiva en la que cada experiencia se integra en un desarrollo continuo; por el contrario, lo que se observa es una serie de desplazamientos que se inician con intensidad y se interrumpen abruptamente, trayectos que se abren como posibilidad y se cierran antes de adquirir forma estable. Lejos de existir aquí continuidad, asistimos a la tentativa; ante la falta de consolidación, sobreviene la reiteración del inicio.

En medio de ese ciclo, Silvio Astier se mueve –impulsado por una fuerza casi inevitable– entre espacios, roles y expectativas; transita del delito juvenil al trabajo asalariado, de la aspiración técnica al deseo de fuga, de la obediencia momentánea a la ruptura ética. Sin embargo, ninguno de estos movimientos logra convertirse en un recorrido sostenido; cada uno se desarticula antes de adquirir densidad, como si existiera una imposibilidad de convertir la experiencia en una trayectoria. Lo decisivo no radica en la diversidad de intentos, sino en la forma en que estos se frustran; en lugar de operar como accidentes aislados o anomalías en un camino por lo demás transitable, la reiteración de la caída devela una regularidad. El problema rebasa la falta de voluntad o la impericia individual del protagonista; remite a la existencia de un campo incapaz de absorber por completo esas iniciativas, devolviendo al sujeto a su condición marginal.

En este sentido, se configura una experiencia de desfase. Una distancia sostenida entre el impulso y su realización, entre la expectativa y su concreción, entre el esfuerzo y su efecto. Cada intento de inserción parece llegar siempre un momento tarde o dirigirse hacia un lugar donde ya

no hay espacio disponible; como si el tiempo mismo de la experiencia estuviese “desincronizado” respecto del orden en el que intenta inscribirse. A ello se suma un elemento de particular fuerza inquietante: la persistencia de la promesa. En ningún momento el mundo se presenta del todo cerrado; por el contrario, se abre, ofrece, sugiere, invita. Siempre hay una posibilidad latente, una puerta entreabierta, una expectativa que parece al alcance. Y, sin embargo, esa misma promesa se diluye en el instante de su realización, dejando tras de sí tanto frustración como un desgaste que se acumula en la experiencia del sujeto.

Este conjunto de movimientos –apertura y clausura, posibilidad y cancelación– excede el propósito de organizar la trayectoria de Silvio; configura una forma específica de habitar el mundo; una existencia en la que nada termina de consolidarse, en la que toda afirmación es provisional, en la que cada avance ya contiene la semilla de su interrupción. Así, la novela evita limitarse a mostrar que ciertos caminos fracasan, revela algo más profundo, más estructural, más inquietante. Muestra que los recorridos posibles están, desde el inicio, atravesados por una inestabilidad que impide su fijación, por una lógica que anula el movimiento, pero sí su consolidación. Se puede intentar, se puede avanzar, se puede incluso rozar una forma de logro; pero la permanencia queda vedada. Y es en esa imposibilidad de permanencia –en ese movimiento que deviene proceso trunco, en esa experiencia que se resiste a transformarse en trayectoria– donde la escritura de Roberto Arlt alcanza una de sus intuiciones cuya agudeza, lejos de limitarse a lo evidente, se interna con una finura incisiva en las zonas más opacas de la experiencia; lejos de exponer un mundo sin opciones, pone de manifiesto un mundo en el que las opciones existen, pero carecen de sustento.

Subjetividad, negatividad y persistencia de lo no resuelto

Si los recorridos se abren sin consolidarse y las trayectorias se interrumpen antes de adquirir forma estable, lo que permanece no se reduce a constituir la reiteración del fracaso; representa una modalidad específica de existencia; una subjetividad que evita organizarse en torno a logros o a progresiones acumulativas, para articularse en torno a tensiones que no encuentran resolución, a decisiones que quedan suspendidas, a experiencias que dejan siempre un resto. En *El juguete rabioso*, Silvio Astier dista de configurarse como un sujeto que desconoce su situación o como

alguien que actúa en la ingenuidad de una conciencia insuficiente; por el contrario, en él se insinúa una lucidez que, aunque ajena a cualquier pretensión de sistema, resulta profundamente perturbadora. Percibe –de manera fragmentaria, a veces casi intuitiva– la distancia entre lo que desea y lo que el mundo le permite ser; reconoce el límite, pero encuentra serias dificultades para inscribirse en él sin resistencia. Queda excluida aquí toda reconciliación posible; más bien, hay una conciencia que dista de coincidir con su propia condición.

En este punto, la traición –ese gesto que rompe con la última forma de vínculo que aún lo ligaba a otro– adquiere una densidad singular. Está lejos de ser un desenlace moral o una simple estrategia de supervivencia; en ella se consuma una ruptura que desplaza la experiencia en lugar de reordenarla. Silvio permanece al margen, a partir de ese acto, de una forma de estabilidad o de una reconciliación con el orden que lo ha rechazado; se separa, se desliga, queda en una posición ajena tanto a un interior absoluto como a un exterior absoluto. La traición lo desubica en vez de integrarlo. Hay, en ese movimiento, algo que escapa a la asimilación de la lógica que organiza el mundo en el que vive; una suerte de resto inadecuado, que se resiste a estabilizarse, imposible de traducir traducirse en términos de éxito o fracaso. Representa una alternativa a la redención y a la simple derrota; es una zona ambigua donde la experiencia se intensifica justo por su incapacidad de resolverse.

Por lo demás, esta condición queda sin resolver resolverse al final de la novela. Carece de un cierre definitivo y de una síntesis que ordene en retrospectiva lo vivido. Permanece una apertura inquietante, una sensación de continuidad sin forma, de un futuro posible, pero no garantizado. Y es justo en esa falta de cierre donde la obra adquiere una de sus dimensiones más persistentes; lejos de ofrecer una conclusión, plantea una prolongación de la inquietud. De ahí que, leída desde el presente, la experiencia de Silvio deje de ser el vestigio de un tiempo superado para convertirse en la anticipación de formas de vida que continúan desplegándose en otras configuraciones. La precariedad, la fragmentación de los recorridos, la promesa constante de ascenso que nunca se cumple, la necesidad de decidir en condiciones que no se eligen; todo ello resuena con una fuerza particular en contextos donde la estabilidad se vuelve excepción y las trayectorias se construyen, una y otra vez, sin garantía de continuidad.

Así, la novela trasciende la representación de una época o de la singularidad de un personaje; se erige como una forma de comprensión que, sin recurrir a sistemas conceptuales explícitos, logra captar una lógica persistente a través de la textura misma de lo cotidiano, la inestabilidad de la forma y la negatividad de la experiencia. En esa persistencia, en ese carácter irresoluble que continúa operando, radica, quizá, la verdadera actualidad de *El juguete rabioso*.

Referencias

- Arlt, Roberto. (2021). *El juguete rabioso*. Verbum. (Obra original publicada en 1926).
- Arlt, Roberto. (2025). *El juguete rabioso*. Biblioteca General del ILCE. (Obra original publicada en 1926).
- Bernabé, Mónica. (2006). El crítico como escritor: Ángel Rama y sus compañeros de la diáspora. *Orbis Tertius: Revista de Teoría y Crítica Literaria*, 11(12), 1-6.
http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.204/pr.204.pdf
- Corral, Rose. (2009). *Roberto Arlt*. El Colegio de México.
- Lindstrom, Naomi. (1994). Roberto Arlt. *El juguete rabioso*. *World Literature Today*, 68(2), 344.
<https://doi.org/10.2307/40150182>
- Piglia, Ricardo. (2020, 28 de octubre). *Roberto Arlt, una crítica de la economía literaria*. PubPub.
<https://piglia.pubpub.org/pub/hib2hvdq/release/1>

* Nota de autor

Salvadoreño. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales, programa Cotitulado de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y la Universidad Don Bosco, San Salvador, El Salvador. Psicólogo e Investigador en el Instituto del Cáncer de El Salvador "Dr. Narciso Díaz Bazán", San Salvador, El Salvador. psicologia@ligacontraelcancersv.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7288-9740>

Información adicional: Codirector del Observatorio del Comportamiento de Automedicación de la Universidad del Rosario, Bogotá, Colombia, e Investigador Asociado de la Universidad Pedagógica de El Salvador "Dr. Luis Alonso Aparicio".

Equipo editorial

Director

Dr. Carlos Villalobos Villalobos
Escuela de Filología, Lingüística y Literatura,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Editores académicos

Dra. María Esther Montanaro Mena
Centro de Investigación en Identidad y Cultura
Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Editor técnico

Bach. Sergio Chacón Chavarría
Centro de Investigación en Identidad y Cultura
Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Asistente editorial

Josué Obando Chaves
Estudiante de la carrera de Enseñanza de la Filosofía,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Consejo editorial

Dra. Ivannia Barboza Leitón
Centro de Investigación en Identidad y Cultura
Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dra. Eugenia Zavaleta Ochoa
Centro de Investigación en Identidad y Cultura
Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dra. Vanessa Fonseca González
Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dra. Claudia Mandel Katz
Universidad Latina, Costa Rica y directora fundadora del
Museo de las Mujeres de Costa Rica, Costa Rica

Dr. Mauricio Chaves Fernández
Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dra. Marcela Otárola Guevara
Escuela de Historia, Universidad Nacional de Costa Rica,
Costa Rica

Consejo científico

Dra. Mariana Patricia Busso
Universidad Nacional de Rosario, Argentina y Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Sergio Caggiano
Universidad Nacional de La Plata, Argentina y Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Manuel Chust Calero
Universidad Jaume I de Castellón, España

Dra. Elisabeth Cunin
Instituto de Investigación para el Desarrollo, Unidad de
Investigación sobre Migración y Sociedad, Francia

Dr. Darío Euraque
Trinity College Hartford, Estados Unidos

Dra. María Luisa Femenías
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Dra. Silvia M. Gianni
Università degli Studi di Milano-Bicocca, Italia

M.Sc. Alice Lamounier Ferreira
Investigadora independiente, Brasil

Dr. Carlos Lara Martínez
Universidad de El Salvador, El Salvador

Dr. Héctor Lindo
Fordham University, Estados Unidos

Dr. Carlos Gregorio López Bernal
Universidad de El Salvador, El Salvador

Dra. María Salvadora Ortiz Ortiz
Directora-fundadora del Centro de Investigación en
Identidad y Cultura Latinoamericanas, Universidad de Costa
Rica, Costa Rica

Dra. Alexandra Ortiz Wallner
Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dr. Luis Pulido Ritter
Universidad de Panamá, Panamá

Dra. Elva Rivera Gómez
Universidad Autónoma de Puebla, México

Dr. Federico Subervi
Honorary/Associate/Fellow de Latin American, Caribbean
and Iberian Studies Program, Universidad de Wisconsin-
Madison

Dr. Arturo Taracena Arriola
Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dra. Gloria Tirado Villegas
Universidad Autónoma de Puebla, México

Dr. Silvio Torres-Saillant
Syracuse University, Estados Unidos

Dra. Mónica Toussaint Ribot
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México

Dr. Carlos Véjar Pérez Rubio
Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dra. Sarri Vuorisalo-Tiitinen
Universidad de las Artes de Helsinki, Finlandia



CUADERNOS
INTER-C-A-MBIO
SOBRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE
Universidad de Costa Rica / CIICLA

 @intercambio.ciicla.ucr

 @cuadernosintercambio

Contacto:

(506) 2511-7253

intercambio.ciicla@ucr.ac.cr

<https://ciicla.ucr.ac.cr>

<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rintercambio>

